

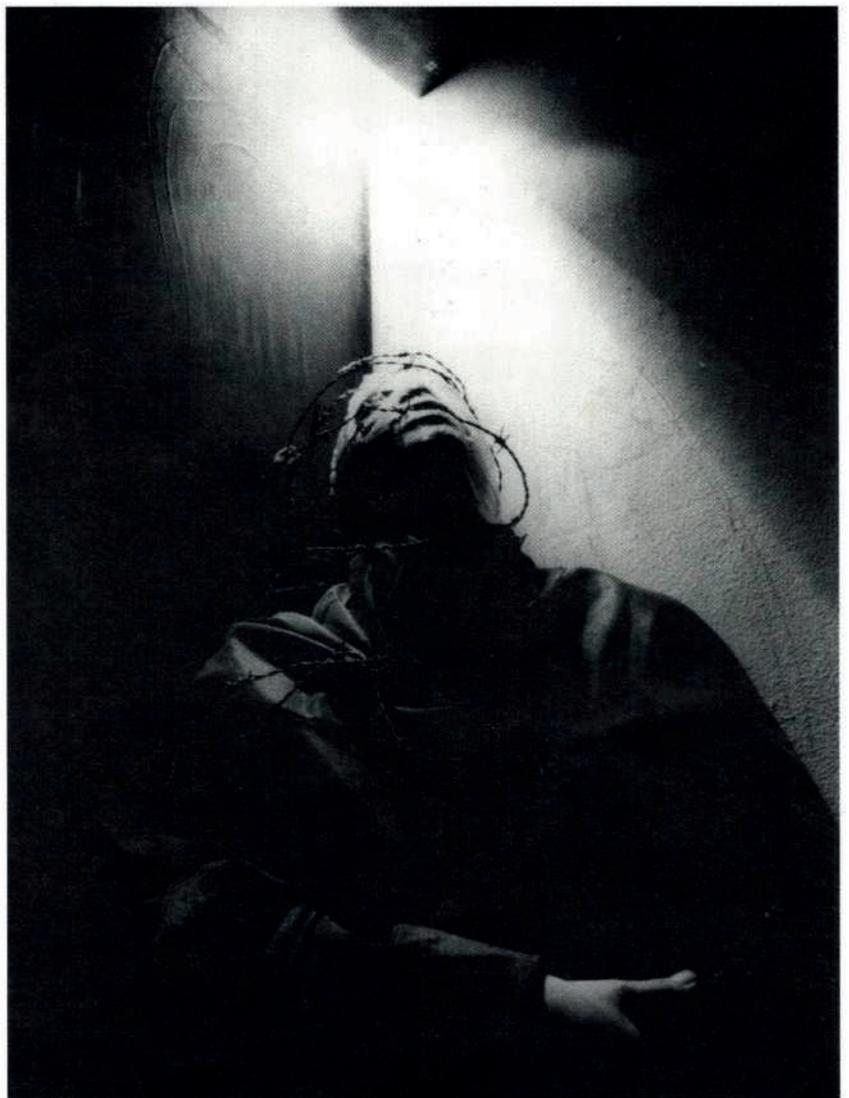
SADE: PERVERSIÓN Y EROTISMO

POR: **SALOMÓN RODRÍGUEZ GUARÍN.** DOCENTE DEL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA. UNIVERSIDAD DEL CAUCA

Los textos, asociados a la autoría del Marqués de Sade, evidencian los contrarios violentos que constituyen la psique del sujeto moderno, la cual se debate entre los pares duales: civilización/instintos; fantasía/realidad; neurosis/perversión. Cada una de dichas manifestaciones, antagónicas entre sí, se pronuncia como acontecimiento estético-narrativo, propio de una cultura que requiere tanto de la razón como de la sensualidad erótica. Igualmente, los antagonismos indicados son síntomas de una lucha entre el contenido manifiesto de la razón ilustrada enfrentada al deseo latente de una felicidad instintiva; pero, donde la razón requiere de la domesticación del cuerpo hacia la contemplación de la forma espiritual que ella misma establece para realización de una utopía cultural, anclada a los ideales que dan sentido a las revoluciones burguesas de los últimos siglos.

En la escritura de Sade, el contenido latente de las pulsiones reprimidas por el orgullo de la razón moderna se moviliza, incesantemente, hacia el anhelo inconsciente de la felicidad. Trasfondo simbólico donde se refleja el deseo inconsciente mismo, y del cual sólo damos cuenta en su retorcida manifestación. La inconciencia deseante constituye pues, el conjunto de las prácticas sintomáticas que intentan destruir o en términos generales, transgredir los cimientos culturales que todo sujeto civilizado impone sobre su propio cuerpo y sus pulsiones. Para Sade, los fundamentos metafísicos que constituyen el complejo engranaje de las verdades morales, los agenciamientos políticos y las ideologías progresistas, son el fruto de la domesticación de la bestia latente. A este último respecto, Donatien-Alphonse-François, Marqués de Sade (1740-1814) es para nosotros, sujetos modernos, un máximo exponente de la disputa inherente entre lo civilizado y lo animal; entre lo "corregido" por las ordenanzas institucionales del Estado, el clero y las buenas costumbres frente a lo "incorregible" de la naturaleza, inherente a los deseos reprimidos. Una batalla protagónica entre ese "Ser" conocido que participa activamente de la virtud, las leyes y la higiene; y ese "Otro" que nos habita como demon desconocido; pero, que conduce a la conciencia subjetiva por tortuosos caminos de maldad y vertiginosamente hacia la muerte.

En argumentos de Jorge Gaitán, Sade es un revolucionario declarado libertino e inversamente, un libertino erótico que instaura, en la época de las revoluciones burguesas, un tejido dialéctico que hilvana las costuras de las que estamos hechos. Costuras sociales y morales donde se insertan las letras perversas de Sade, y que muestran las puntadas simbólicas de una conciencia civilizada, que representara el



Jorge Andrés Osorio, V semestre de Artes plásticas

espíritu de un siglo libertino y racionalista: "el siglo del análisis de las pasiones y de la revolución francesa" (Gaitán, 2001:396). En sentido inverso, por entre las costuras, los intersticios permiten distinguir las pulsiones o los instintos, tomando posible avizorar la energía deseante y orgiástica de lo "Otro" reprimido; la cual se manifiesta latente como antítesis libertina o bien, como negación dialéctica al orden instituido por las leyes inherentes al siglo de la filosofía y el progreso burgués. La negación es, aquí, tanto anarquía erótica como a la vez energía perversa, nutriéndose de las retorcidas prácticas que dan sentido al orden cosmológico de la razón; y que, en efecto, son el resultado de las ficciones burguesas que justifican tanto la alienación cultural de los instintos (a nivel social e individual), como la explotación de

su sustancia energética con el fin de producir instituciones y objetos. Formas culturales, en última instancia, garantes de la supervivencia del sujeto civilizado, mediante la renuncia a la felicidad que ambicionan sus pulsiones eróticas y destructivas.

A este último respecto, como señala Gaitán, Sade es un revolucionario racional que intenta desde la escritura, borrar violentamente la huella cultural que degrada todas las pulsiones. Huella que confina al libertino al paredón de la locura y la insania moral. En sus propios términos: "La sociedad resulta abusiva, hipócrita, deforme; condena el asesinato ejecutado por el libertino para satisfacer sus pasiones, mientras considera héroes o santos a los monarcas, los generales, los sacerdotes que han convertido a la historia en la ininterrumpida matanza que llamamos guerra o cruzada" (Gaitán, 2001:397). La guerra contra los instintos y las fisuras que filtran su contenido, por entre las costuras de la civilización, son entonces el enemigo que no puede instalarse en la historia consciente del Estado, la religión y la virtud del sujeto moderno. Pero, con el obscurecimiento de dicha proto-historia latente, Sade se convierte en una denuncia transgresora: en palabra perversa; como también en la fuente erótica de una contemplación del polo opuesto de la moral, la justicia y el orden. Su figura histórico-literaria constituye entonces, el avisoramiento del mundo reprimido de los deseos corporales, proyectándose en el perpetuo estímulo de la embriaguez erótica que surge en el contacto con la impiedad, el crimen y la muerte.

Bajo un segundo tópico de análisis, señalo que, la escritura de la perversión creada por Sade, establece el movimiento contestatario contra el sistema dominante de la civilización occidental. Sistema instaurado a través de un orden simbólico compuesto de tabúes que niegan la espontaneidad de la vida pulsional, activa en cada cuerpo humano. En este sentido, hago referencia a la dimensión subjetiva de la sexualidad y la fantasía reprimidas, conjuntamente, bajo el "disfraz de la mistificación" del alma (el Yo) como esencia trascendente de orden superior al cuerpo. Esencia metafísica, creada por las mentes de filósofos y teólogos de la verdad transmundana, que prohíbe la manifestación sensual presente en el acontecer deseante del propio cuerpo. Este último, agente deseante que Sade re-significa como suceso vital del mundo, es decir, como imitador de sus fuerzas naturales eróticas y destructivas. En otro sentido, la mistificación del yo es el resultado de una racionalidad que opera con los resortes dialéctico que configuran un bien y un mal absolutos; una verdad y una falsedad contraopuestas; una realidad racional enfrentada a una ilusoria representación de la misma. De lo expuesto se desprende pues, una consecuencia igualmente represiva, la cual instaura el principio neurótico (patológico) a todo lo que contravenga el orden instituido. Retornando a Sade, la palabra perversa es la renuncia igualmente patológica y violenta a dicha "negación de la vida"; planteando, en consecuencia, un nuevo orden cosmológico que intenta disolver los límites simbólicos de aquella ficción cultural.

Apoyado en ésta idea, expongo uno de los argumentos presentados por el propio Marques de Sade, en su texto Los infortunios de la virtud, donde el libertino esclarece la presentación del nuevo orden cosmológico surgido del signo de la perversión. Cito:

"El mayor acierto de la filosofía será el de encontrar los medios de que se sirve la Providencia para alcanzar los fines que se propone con respecto al hombre y trazar, según ellos, algún plan de conducta que le permita a ese desdichado individuo bípido —que vive eternamente sujeto a sus tiránicos caprichos— saber cómo ha de interpretar los dictados de esa Providencia sobre su propia vida y conocer el camino que debe seguir para defenderse de los curiosos caprichos de esa fatalidad a la que se da mil nombres diferentes, sin que nadie haya acertado aún a definirla.

Porque sí, aferrados a los convencionalismos y sin habernos apartado nunca de ellos por ese sentimiento que nos inculcan desde la infancia, desgraciadamente ocurre que, por la perversidad de otros y cualquiera que sea la virtud que se practique, no encontramos más que espinas en donde los malos recogían rosas, los que carezcan de virtudes lo suficientemente sólidas para estar por encima de estas circunstancias, ¿llegarán entonces a pensar que es mejor abandonarse a la corriente que intentar remar contra ella? ¿No dirán acaso que la virtud, por más bella que sea, cuando lamentablemente es impotente para luchar contra el vicio, es el peor partido que se puede tomar, y que en un siglo tan corrupto lo mejor es actuar igual que los demás? Algunos un poco más instruidos, desde la ventaja que les aporta el conocimiento ¿no dirán con el Ángel Jesrad de Zadig que no hay mal de que no haya nacido un bien? ¿Acaso no creerán que —puesto que dentro de este imperfecto y despreciable mundo, el mal y el bien se encuentran en igual proporción— para el mantenimiento del equilibrio es fundamental que existan tanto los buenos como los malos; que si el infortunio persigue a la virtud y la prosperidad siempre acompaña al vicio y ambas cosas son iguales a los ojos de la naturaleza, más vale ser de los malos que prosperan y no de los virtuosos que fracasan?" (Sade, 1999:9-10)

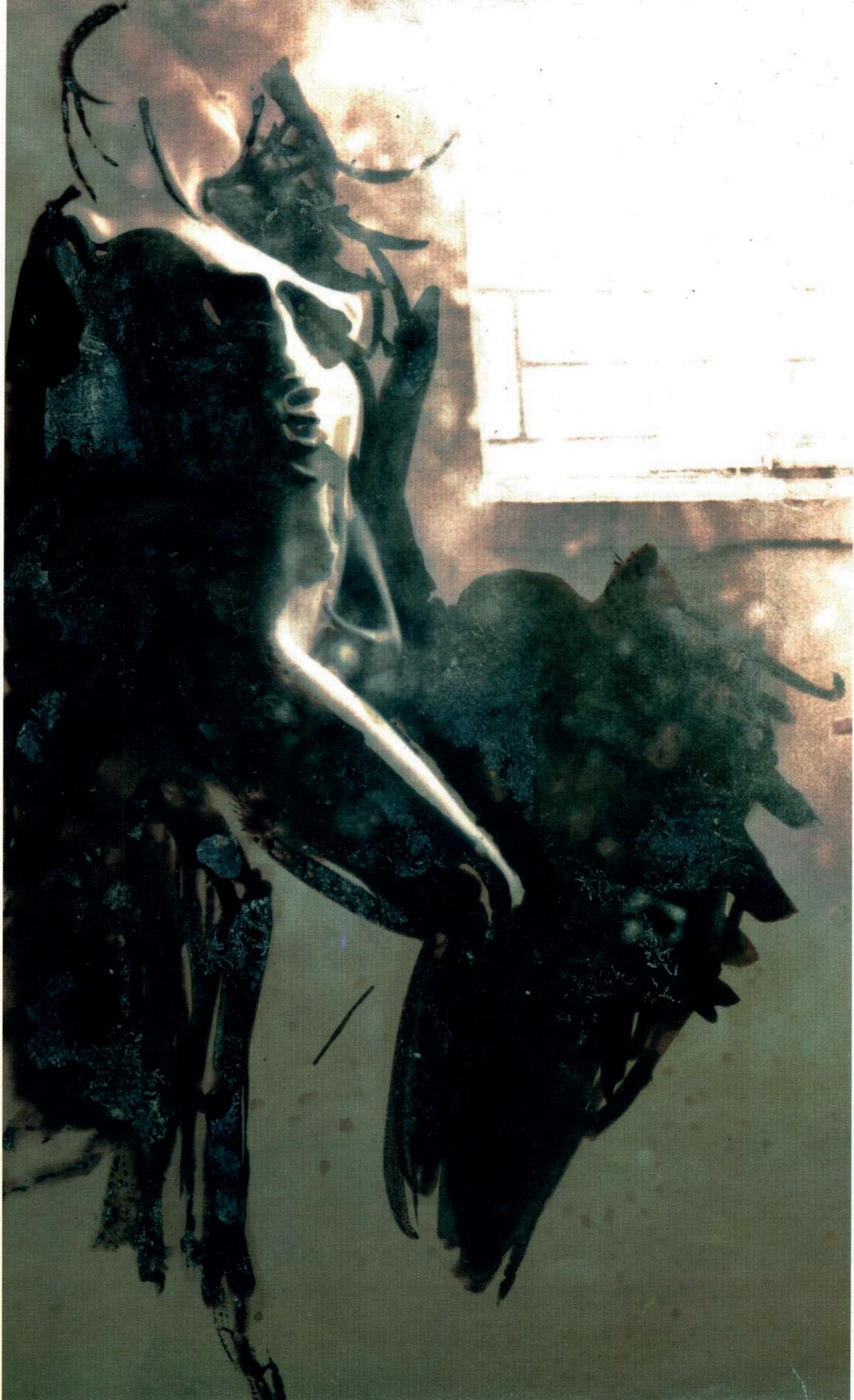
Del fragmento anterior, destaco que Sade potencia, para el discurso filosófico, la presentación estética del cuerpo, visto como el constituyente legítimo de la materia orgánica-pensante, pero proyectado como esencia espiritual de la palabra perversa. Espíritu

sobrepuesto a las valoraciones civilizadas de la virtud, la ternura, el amor romántico; enfrentando la dual pareja antagónica: placer/dolor, alegría/sufrimiento; y desbordando el lenguaje de la depravación hacia las regiones donde subyacen las pulsiones autodestructivas que tachan la autonomía racional del "yo" y del "tu" civilizados. Es decir, donde el delirio sexual tiende hacia el desbordamiento del otro como delirio-destructivo, afianzando ambiguamente, en igual proporción: la perversión y la virtud, la moral y la inmoralidad, la frugalidad y los excesos. Así también, por conversión de un elemento en otro, la palabra perversa funde el placer en el dolor y el dolor en el encuentro placentero, dentro de la fantasía patológica, con un erotismo simbólico convertido en escritura; el cual reclama la muerte y con el deseo simbólico de ésta última, la regresión infinita hacia una ilusoria felicidad eternamente insatisfecha: la virtud.

Siguiendo las pautas trazadas, el orden instituido de las valoraciones civilizadas que Sade identifica, se halla en la constitución a priori de la realidad exterior; entendida como el sistema de coordenadas causales que determinan la formación cultural del individuo moderno y por ende, la sociedad en general. Estas determinaciones son condiciones contingentes del espíritu racional: verdad, justicia e inocencia. Cualidades espirituales intrínsecas a la metafísica del yo racional que obligan, por la necesaria ficción que crean, volver el individuo hacia la realidad exterior, desviando todos sus impulsos íntimos (pulsiones eróticas y destructivas) para dar cabida al orden social y las diversas instituciones de control con las que la sociedad cuenta.

Parafraseando a Philippe Sollers, la neurosis de la civilización moderna representa la subordinación a la "causa" exterior de la cultura (moral, verdad y religión, por ejemplo) que cohibe, manipula y obliga al sujeto a rechazar lo que en su "sí mismo", en su voz singular y única, clama por transmutarse en expresión, en deseo de comunicarse libre y espontáneo. La represión que se perpetúa hacia el presente histórico, sostiene entonces, un estado psicopatológico de neurosis, advertida en el colectivo social como violencia contra el libertino y el revolucionario: estado infinito de la culpa, el pecado y la vergüenza hacia el propio cuerpo; es decir, hacia el objeto primario de la afectación reprimida. Léase en esto último, el afán moderno por la higiene, las buenas costumbres, el pudor frente a la desnudez y el delirio de control racional hacia la fantasía. La neurosis constituye por tanto, una enfermedad de la civilización moderna que se sostiene afirmativamente como forma de poder, de creencia y de saber verdadero proyectado en los rostros de los representantes del poder social; los cuales Sade convierte en protagonistas perversos de sus obras: la aristocracia y el clero.

El sujeto, por su parte, quien para Sade es siempre una joven aprendiz de la vida, se convierte en la constante negativa a sus impulsos, en un ser reprimido por su propia inocencia y castigado por "otros". Es pues, la expresión singular de la contención patológica que caracteriza a la sociedad burguesa. No obstante, la letra sádica que hace honor a su autor, se presenta a sí misma como fuga inconsciente. Por lo tanto, la letra de Sade constituye un acto subversivo y extravagante de pasiones desaforadas, de burlas y vergüenzas obscenas. Es a su vez, un derroche de energía reprimida que no se limita a sublimarse en las formas estéticas clásicas de la represión del deseo: la afirmación



Ximena Astudillo, X semestre de Artes plásticas

del romanticismo, el pudor y la inocencia. Su fórmula narrativa estalla y reforma el destino de las palabras: "deseo y erotismo", hasta tomarlas en signos de su identidad perversa, como lenguaje que hace violencia contra el lenguaje-tabú de la cultura neurótica. En esencia: manifestación teórica y práctica de un nuevo orden de la ficción y de la realidad del cuerpo, entendido como acontecimiento vivenciado en la palabra que narra, en la alteridad de sus protagonistas, los límites pulsionales del bien, el pudor y la justicia. Límites que son la maldad, el deshonor y la lujuria. En otros términos: "la perversión es el pensamiento teórico mismo, es decir, que es la razón de toda realización práctica" (Sollers, 1978:53); y por tanto, es la norma y la ley de toda extravagancia sexual y de toda afección perversa; constituye por lo demás, el a priori de la acción tanto moral como inmoral, del bien y del mal, de la belleza y la fealdad en tanto principio práctico de un deseo inaplazable.

Sobre este último asunto, introduzco a continuación el fragmento de una escena, la cual retomo de la obra citada del Marqués de Sade, en donde una inocente criatura (Sofía) es sometida a un brutal castigo injustificado, por parte del marqués de Bressac, quien descarga la responsabilidad moral de su crimen (asesina a su madre con una poción) en Sofía, tornando su inocencia femenina en figura culpable de su propio deseo perverso. Cito:

[Sofía]: "Y sin darme tiempo a responder, sin sentir la más mínima emoción al ver que me inundaba en un torrente de lágrimas, me asíó brutalmente del brazo y me arrastró hacia donde estaban sus ayudantes.

[Marqués de Bressac]: - Aquí tenéis a la que quiso envenenar a mi madre, un crimen que quizá ya se haya consumado a pesar de todos mis intentos por evitarlo; quizá haría mejor en entregarla a la justicia, pero ello le costaría la vida y mi deseo es que siga viviendo a fin de que disponga de más tiempo para sufrir. ¡Vamos! ¡Quitadle las ropas y atadla a este árbol, a fin de que la castigue como se merece!

[Sofía]: Tan pronto como dio la orden, ésta fue ejecutada; me amordazaron con un pañuelo, hicieron que me abrazara estrechamente al árbol, me sujetaron a éste por los hombros y las piernas y dejaron el resto del cuerpo libre de ataduras, a fin de que los golpes fueran más contundentes... [La narración continúa hasta que Sofía es ultrajada, perdiendo y recuperando consecutivamente la conciencia].

- ¡Pues bien, puta!- me

dijo mientras miraba mis heridas-. La virtud es un poco cara, ¿No crees? ¿Acaso dos mil escudos de pensión no valían más que cien latigazos?... " (Sade, 1999:60-61)

El nuevo carácter literario de la práctica y de la teoría perversa, creada por Sade, acentúa el carácter patológico de la dualidad metafísica: alma/cuerpo, espíritu/materia; configurando en el proceso de la narración, los valores morales neuróticos que asocian: el sexo con el pecado, el cuerpo con la negación y la locura con una enfermedad social. Sade practica pues, la locura de una escritura en dispersión continua, la cual se recrea en la ficción pura, sin referentes a una realidad social determinada; es decir, su delirio no afecta la estructura total de la neurosis de la sociedad burguesa, histórica y legítimamente constituida; pero, sí afecta la estructura singular de quien la vive; o sea, que escribe para sí mismo, para fundamentar el polo opuesto de la bondad y de la belleza (asociadas a cualidades íntimas del espíritu de perfeccionamiento). Polo antagónico que es la manifestación plena del deseo sin una causa exterior que lo determine; es por tanto, a los ojos neuróticos, la experiencia co-sustancial del mal, el contacto con el polo opuesto de dios y de la bondad civilizada.

La tesis siguiente es probar con Sade, su destructibilidad; o mejor, la destructibilidad de la pareja dual, presente en el Eros civilizado: placer y dolor, estremando sus causas externas por el ángulo más débil que éstas demuestran. Sade afirmaría, la necesaria condición de pensarse otro, de practicarse en la experiencia de otro, para abrirse a su dolor como fuente de una experiencia placentera y autoerótica; permitiendo a la vez, tomarse a sí mismo en toda sus dimensiones, para colocar el dolor propio en un ir más allá de la felicidad, al renunciar al temor y al pudor en la contención del sufrimiento y el caos, causado por la presencia coercitiva y violenta del otro (anular entonces, el temor cristiano al mundo exterior, a la vida misma). Lo anterior, acompaña las palabras de Sollers, para quien Sade intentaría probar que: "el dolor del otro, tanto como el suyo propio, puede transformarse en placer, en un placer ilimitado capaz de franquear todas las repugnancias y de tornar cada signo negativo en una doble posibilidad (como si menos por menos diera, según él, interminablemente más)" (Sollers, 1978:54)

En síntesis: La experiencia significativa de la perversión se demuestra, aquí, como el acto continuo de alejamiento de la causa neurótica y, en la medida que se aleja, se acerca violentamente hacia la destrucción de dicha patología en su propia letra. El grado eficaz y elevado de su superación, lo que demuestra el distanciamiento progresivo con la civilización moderna, se convierte en una perpetua fuga desesperada por no dejarse alcanzar, por no convertirse en la expresión social de una neurosis común; por lo que requiere constituir nuevas leyes, nacidas del movimiento perverso de una escritura interior, la cual remite necesariamente a la construcción de nuevos valores que devienen en deseos y pulsiones erótico-constructivas. Valoraciones que no se exteriorizan para comandar a la sociedad, sino, justificadas como

supuestos gramaticales, provenientes de una fantasía que erotiza la dimensión corporal, mediante el advenimiento del placer en el dolor: de la brutalidad sexual en el fundamento de la virtud moral.

Sade reconcilia así, en el plano del discurso, la belleza del encuentro amoroso con la brutalidad de su resolución, la armonía de la vida con la caótica presencia de la muerte. En una palabra, tomando criminal al deseo erótico y al amor mismo. Logrando Sade convenir que el discurso sea también el pensamiento incesante de cada individuo en su propio cuerpo, pero atravesado completamente por el "crimen" que la civilización intenta expiar al castigar al libertino. Del mismo modo, Sade desea que el "crimen" llegue a ser la conciencia de la razón neurótica, en palabras de Sollers, una "mancha ciega" (Sollers, 1978:56). La mancha ciega adquiere, así, un valor metafórico e indica que la escritura perversa es un acto delictivo que atenta, constantemente, a las "causas" exteriores de la cultura. Es, por tanto, una mancha culpable. Un "pecado" que se comete con la intención de evidenciar el cúmulo de las pasiones, los deseos y las experiencias sensoriales segregadas bajo el orden de la cultura burguesa; pero, que tienen cabida y significado en el ámbito del relato literario como expresiones delictivas, mediante un lenguaje que habla públicamente de lo que debiera ocultarse por pudor, por decencia o por virtud.

La neurosis concibe el cuerpo como agente silente, pasivo y opaco ante el mundo; este no habla en el discurso civilizado, dado que se somete a la presencia trascendente del espíritu que razona, castiga y niega la participación del sudor, del aliento y de la sangre como pensamientos vitales. Una neurosis, además, que reconcilia penosamente la materialidad del cuerpo a través de la subordinación de éste en el juego neurótico de pertenecer y reconocer-se, en el sujeto, participe de un orden simbólico-racional que lo salva del mundo y sus demonios internos. En otras palabras, la neurosis colectiva se presenta en el juego prestado de la virtud, la decencia, la higiene y la bondad, confinando al propio cuerpo hacia una corrupción natural que merece predeterminarse muda, para dar cabida a un lenguaje que confiere sentido de verdad al continuo sometimiento y ocultamiento de la expresión sensorial del deseo.

Para Sade, la materialización del deseo perverso significa la restitución afirmativa del lenguaje en el cuerpo propio; es decir, el redescubrimiento violento de lo que fuera suyo. Esto último, implica que la fuerza explosiva del discurso de Sade se torna en escritura frenética cuando denuncia, en cada rastro, lo que se ha perdido con el cultivo espiritual de la virtud y la inocencia; así, como lo que se gana en el dolor delirante que surge de la transgresión erótica; pero, sin remitir nuevamente al orden represivo. Por el contrario, escapando hacia el ateísmo: el terreno oscuro del mal.

Epílogo. El signo de la perversión refiere a la constitución plena del cuerpo como "sí mismo" trasgresor de la verdad y la razón subjetiva moderna; al mismo tiempo, dentro de los límites de su movimiento inconciente (ciego) carga con la conciencia de su crimen. El desdoblamiento erótico-trasgresor de la perversión sádica tiende pues, hacia una dimensión espiritual que sacraliza el mal, la impiedad, la mentira y el horror como valoraciones dispuestas a provocar en el lector-espectador, un sublime deseo de pecar y regocijarse en la repugnancia que late en toda fantasía reprimida. En su dimensión teórica, Sade condiciona la palabra deseo, mediante



BIBLIOGRAFÍA:

GAITÁN DURÁN, JORGE.
EL LIBERTINO Y LA
REVOLUCIÓN. EN: OBRA
LITERARIA... POESÍA
Y PROSA. INSTITUTO
COLOMBIANO DE CULTURA.
BOGOTÁ (COLOMBIA). PÁG.
395 A 411. 2001

MARQUÉS DE SADE.
LOS INFORTUNIOS DE LA
VIRTUD. EDIMAT LIBROS.
MADRID (ESPAÑA). 1999

SOLLERS, PHILIPPE.
LA ESCRITURA Y LA
EXPERIENCIA DE LOS
LÍMITES. EDITORIAL
PRE-TEXTOS. VALENCIA
(ESPAÑA). 1978.

la sustitución de la ley neurótica por la ley de la destrucción infinita. Sustitución que recoge la amenaza de la "bestia latente" frente al perfeccionamiento de la civilización. Progreso neurótico que la perversión reclama necesario para establecer la "introspección criminal" hacia los deseos originarios que fundamentan la virtud, la moral y la verdad divina. Este último punto lo retomo de la irónica y revolucionaria tesis que el Marqués de Sade ofrece, sobre su propia obra Los infortunios de la virtud, cuando sostiene que:

"Vosotros, que habéis leído esta historia, ojalá podáis sacar el mismo provecho que esta mujer mundana y arrepentida, y que os convenzáis, como ella, de que la verdadera felicidad sólo se

encuentra en el seno de la virtud, y que si Dios permite que sea perseguida en la tierra, es para resarcirla en el cielo con las más halagüeñas recompensas"

(Sade, 1999:159)

En este sentido, la simbología erótica, desgajada de las relaciones causales civilizadas, y establecida por entre las grietas de aquellos escurridos hilos que componen la legislación moral neurótica representa el "reino del sin-sentido", hecho un sentido singular, transparente y activo de deseos incondicionales que brotan del inconsciente; deseos organizados en palabras-actos, en representaciones vitales exclusivas de una lengua propia que "nada tiene que decir"; pero, manifiesta en la realidad de los cuerpos que se hallan atravesados por la escritura perversa de Sade.